

ALACENA
B O L S I L L O 

www.edicionesera.com.mx

Eduardo Antonio Parra



Los límites de la noche

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

Para Graciela España

El juramento



–¡Ya, hombre! ¿Pa qué tanto escándalo? ¡Van a despertar a la jefa con esos pitidos! –protestó José Antonio mientras quitaba el cerrojo, despeinado, sin zapatos y con el torso desnudo, como si acabara de levantarse–. ¡Cállense!

La troca se retorció en temblores; el humo negro del mofle trezaba remolinos de tierra en la calle sin pavimentar. Un grupo de perros vagabundos se acercó a olisquear y uno, menos desconfiado, levantó la pata para marcar una nueva frontera en su territorio. En la cabina, Ricardo y Crispín mantuvieron el silencio unos segundos; volteaban a verse como echando suertes para hablar. José Antonio abrió la puerta del enrejado y caminó hacia ellos. Más que molesto parecía cansado; olió la humedad de la noche, reconoció el crujir de cristales del río Bravo, y dijo en tono seco:

–¿Qué traen?

–Es que te está esperando Elías –Crispín sonreía con burla–: aquí anda el Güero...

–¿El Güero Jiménez?

–Ey, parece que regresó, ése. Está en el cantón de la Dora.

–Y Elías quiere que vayas... para irlo a recibir –apuró Ricardo en actitud de reto.

–Espérenme –dijo José Antonio un tanto turbado–, voy a ponerme una camisa.

Lo vieron andar hacia la casa, hacer a un lado la puerta de mosquiteros rotos, desaparecer en la penumbra interior. Segundos después, la luz de uno de los cuartos se derramó hacia el patio. Crispín tamborileaba en el volante con los dedos, impaciente, distraído en las sombras amorfas de casas y terrenos abandonados. No era muy tarde, sin embargo la calle, negra y muda, delataba en los vecinos un sueño tranquilo y profundo. El Güero no re-

presentaba problema para él. No como para Ricardo, Elías o José Antonio. Lo veía como algo rutinario, sencillo de decidir: se le chinga o no se le chinga. Sin coraje, sin pasión, simplemente por ser orden de Elías, nada más. Ricardo, en cambio, mientras hundía la mirada allá donde el caracolear del río era más ronco, no lograba desprenderse el rostro pecoso del Güero Jiménez. Lo conocía bien: crecieron juntos en el barrio. A diferencia de Crispín, que por ser nuevo en esos lugares estaba al margen de la memoria, Ricardo había aprendido a odiar al Güero durante sus cinco años de ausencia. Ahora había vuelto, y lo único necesario de aclarar era si José Antonio seguía con ellos o no.

–Vámonos –ordenó José Antonio sentándose junto a Ricardo.

–Va a llover –dijo Crispín, mientras miraba el cielo por la ventana.

Sí, va a llover, se repitió José Antonio cuando un concierto de ladridos corría tras ellos. Respiró hondo y a su nariz acudieron el polvo, el aire enyerbado y el olor a lluvia. Al pasar por la primera esquina alcanzó a ver sobre el río el espejeo de luces del otro lado, y no pudo eludir el recuerdo: su padre llevándolos a él y al Güero a pescar en la isleta de enmedio. Tuvo necesidad de fumar y buscó los cigarrillos en la bolsa de la camisa.

–¿Cuándo volvió?

–Hoy en la mañana –contestó Ricardo–. Se había tardado el cabrón.

–¿Cómo supieron?

–Me avisaron a mí –dijo Crispín–. Mi ruca. Me dijo que había llegado anca la Dora. Al principio no supe ni de quién me hablaba. Ya ves que no lo conozco. Pero luego me acordé y le dije a éste.

–¿Y qué quiere Elías?

–¿Tú qué crees? –Ricardo lo veía fijamente a los ojos.

Al sentir un soplo de brisa, José Antonio giró la cabeza hacia la corriente que asomaba entre las casas. Elías no estaba lejos, pero el tiempo se alargaba desesperante. Por trechos, los extensos baldíos de la colonia Victoria permitían dilatar la vista hasta la ribera contraria, donde por el *freeway* algunos tráilers se alejaban y

otros llegaban al centro de Laredo. Hubiera querido estar en uno de ellos, en el gabacho, libre, lejos de Elías y Ricardo, como el Güero en todos estos años, sin problemas de pleitos ni venganzas.

En cosa de segundos el aire se cargó de una humedad cada vez más densa, hasta que las primeras gotas golpearon el parabrisas. José Antonio buscó entonces con mayor insistencia el fluir del Bravo. Era mágico: al contacto con la lluvia el fondo liberaba su fuerza oculta, los remolinos afloraban en la superficie, rugían las ráfagas entre las piedras. *Son los muertos*, le había dicho su padre durante una tormenta en la isleta, *las ánimas de los difuntos ahogados en estas aguas traidoras. Por eso el río maldito pudre todo lo que esté cerca. No hay otro río en el mundo donde se ahoguen más cristianos que en éste; por eso de cuando en cuando salen a gritar su rabia a los vivos*. José Antonio recordó la cantidad de cuerpos que había visto sacar desde niño, y pensó que acaso su padre no mentía.

—Les dije que iba a llover.

—Mira —interrumpió Ricardo—, aisté el Elías.

El semblante pálido, más blanco que de costumbre, le daba un aspecto enfermo que se acentuaba con la lluvia escurriéndole de los cabellos. No saludó, sólo indicó con un ademán las cuatro sillas del estrecho recibidor mientras caminaba delante de ellos como siempre lo hacía. Cuando todos se sentaron, José Antonio sintió en el rostro el taladro de las tres miradas, pero no quiso ser el primero en hablar. Extrajo la cajetilla, y después de comprobar que continuaba seca, encendió un cigarro lentamente, sin prisa, fingiendo tranquilidad, esperando las palabras de Elías.

—No puedo entender cómo se le ocurrió regresar... —inició Elías dirigiéndose a José Antonio. Luego, como no obtuvo respuesta continuó—: si ya sabía que lo íbamos a estar esperando siempre, ¿o no?

—Quizá por eso —José Antonio hablaba como para sí, sin mirar a nadie—: para acabar de una vez con esta pendejada.

—¿Te parece pendejada? —Elías se corrigió—: ¿Les parece pendejada?

—No —confirmó Ricardo—. El Güero fue el que no cumplió.

El chaparrón arreció y, casi enseguida, la explosión de un trueno quedó colgando en el aire varios segundos. Fue del otro lado, se dijo José Antonio, a lo mejor les desmadró el frigüey. El metralleo de la lluvia lo aturdió, y de pronto tuvo la impresión de que todo aquello carecía de sentido: el cielo desbordándose sin ser tiempo de aguas, el río que lanzaba gemidos a la noche, ese olor a yerba persistente aun bajo los embates del aire y la lluvia, ellos cuatro sentados para decidir la suerte de un viejo amigo. Pero si teníamos doce años, quiso decir. Se contuvo porque nuevamente sintió la presión de las miradas: la de Crispín, curiosa; la de Elías, inquisitiva; la de Ricardo, desafiante, cargada de tensión. Con una punzada nostálgica, recordó al grupo de varios años atrás y lo vio idéntico: reunidos en la casa del Güero, aún sin la aparición de Crispín, eternamente discutían acerca de venganzas contra los rivales del barrio. Una pandilla de mocosos entonces. ¿Y ahora?, se preguntó mientras miraba a Elías encender un cigarro, preparándose a hilvanar argumentos para convencerlo.

—Nos traicionó a todos, José Antonio. También a ti...

¿Traición? El tono pausado era el de un padre que reprende a su hijo con la cuarta en la mano, listo para descargar el primer golpe. José Antonio, en una huida mental que buscaba esquivar las palabras de Elías, fue resbalando hacia un recuerdo lejano: se dirige con el Güero a la isleta. Van armados con sedal, anzuelos, sobras de comida y dos largas varas de fresno, cuando encuentran un puñado de patrullas y ambulancias a la orilla del río. Camilleros y policías cruzan una y otra vez la distancia entre la ribera y la isleta, los periodistas ametrallan a flashazos la escena, en tanto que decenas de mirones luchan por acercarse a ver. El pequeño montículo en medio del Bravo luce diferente: pelón, sin un solo matorral, lleno de agujeros como si hubiera sufrido un bombardeo.

—... tú te has separado de nosotros poco a poco. No sé por qué. Quizá te parecemos muy bules. Ricardo dice que te estás haciendo maricón, José Antonio...

Ese día desenterran casi treinta cadáveres; algunos de años, otros relativamente recientes. El tiempo los ha ido cubriendo de tierra; la vegetación terminó de esconderlos. Nadie sabe con cer-

teza cómo murieron. Del otro lado, junto a tres patrullas de la bórder aparcadas en la orilla, los oficiales gringos observan tranquilamente el trajín de los mexicanos. Algunos sonríen. José Antonio y el Güero se acercan hasta donde un judicial les corta el paso. Sólo en ese momento José Antonio ve en los ojos del Güero un par de lágrimas que su amigo ha olvidado ocultar.

—... tú dices que es porque trabajas y no tienes tiempo. Es tu bronca y no me meto. Pero en esto sí estás entrado aunque no quieras...

Por la noche siguen desenterrando cadáveres. Nunca podrá olvidar el hedor, ni la visión grotesca de aquellos cuerpos descompuestos que se descoyuntan al menor intento de moverlos. Ni la sonrisa de los de la migra. En cierto momento, el Güero le pregunta al judicial quién ha podido matar a tantos hombres. El agente, mirando con rencor hacia el otro lado, contesta: “No dudes que fueron esos cabrones”.

—... como Ricardo, como yo, como Crispín ahora. Siempre hemos estado juntos, ¿no?; por eso es bronca de todos...

A los pocos días, cuando agentes y periodistas abandonan al fin la isleta, los cuatro deciden ir a recorrerla. Ahora no llevan cañas, ni sedal, ni anzuelos: van a buscar despojos entre la tierra, como quien explora un cementerio abandonado. No encuentran nada. Después de varias horas, lo único que les llama la atención es el paso constante de las broncos con escudo de la migra. En dos o tres ocasiones los cuatro les mientan la madre a señas y silbidos a los gringos. Finalmente, casi al caer la noche, con toda solemnidad, el Güero propone un juramento.

—... y lo que yo quiero saber es de qué lado estás...

Repitan conmigo —el Güero, serio como un adulto, extiende la mano al frente. De inmediato Elías pone la suya encima, luego Ricardo; José Antonio sonríe y hace lo mismo—: *en vista de que el mayor enemigo que los mexicanos conocemos* —las voces de los tres siguen a la del Güero palabra por palabra— *es el gabacho... prometo chingar a cada uno de ellos, siempre que tenga chance, con lo que pueda, de día y de noche, en venganza de que ellos abusan de nuestros paisanos, o los matan cuando intentan cruzar el río.* Después del juramen-